

## Un sistema filosófico

El sol calentaba aún tibiamente. Sus rayos no eran ardientes caricias de amante, sino suaves y dulces ternezas de madre.

En un claro del bosque, sentados a la sombra de unos arbustos, almorzaban dos amigos: el telegrafista Nadkin y el señor Kurochkin, hombre sin profesión conocida. Según él, era negociante y tenía a la venta minas de oro en los Urales, extensos bosques en la frontera persa, manantiales de aguas medicinales en el Cáucaso y otras mil riquezas. El valor de sus artículos valían millones de rublos; pero como los habitantes de la oscura ciudad en que habitaba eran gentes humildes, sin aspiraciones ambiciosas, no había realizado aún ningún negocio y se hallaba a la cuarta pregunta. Las suelas de sus botas manifestaban un empeño manifiesto en separarse del resto del calzado, y sus ropas, compradas ya no muy nuevas de lance, habían envejecido de un modo lamentable sobre su descarnado cuerpo; y por si esto fuera poco, su estómago estaba casi siempre vacío.

Nada de eso era óbice para que el negociante se distinguiera por su dinamicidad, su buen humor y su optimismo. Esperaba vender algún día sus minas de oro y poder comenzar una vida digna de su genio.

El telegrafista, por el contrario, era perezoso y apático; su recreo predilecto era tumbarse en la cama, en la hierba, en cualquier parte, hundido en sus reflexiones filosóficas. Sus amigos le llamaban «el hombre yacente».

Si hubiera estudiado seriamente durante los años mozos, acaso habría llegado a ser un filósofo de profesión; pero su carencia, no sólo de cultura, sino de instrucción sólida, no le había permitido «realizar su esencia». Hasta le faltaban palabras para formular sus vagas concepciones filosóficas.

Su aspecto exterior era por el estilo del de su amigo Kurochkin: los filósofos suelen descuidar lamentablemente su «toilette». Su guerrera de telegrafista brillaba tanto, que parecía cubierta de una capa de grasa; su gorra era de una edad tan remota, que la visera se mantenía unida al aro por un verdadero milagro; sus pantalones remataban en flecos, adorno caído en desuso.

Era el primer día de Pascua.

Los dos amigos, completamente dichosos, saboreaban el hondo placer de vivir. Sobre sus cabezas, semejante a una inmensa copa invertida, sonreía el cielo; tenían por asiento y mesa el suelo campesino, cubierto de hierba primaveral; ante ellos, sobre un periódico extendido, había seis huevos duros de cáscara coloreada, una gallina asada, medio metro de salchichón ucraniano, un sabroso pastel de Pascua y una botella de «vodka». Aquello era suficiente para celebrar con decoro la gran fiesta y para que los comensales estuvieran bienhumorados.

Comían y bebían como verdaderos gastrónomos: despaciosamente, recreándose en cada bocado y en cada trago. Todo el día era suyo y no tenían prisa. El cántico

## ESCRITORES DESCONOCIDOS Y AUTORES OLVIDADOS

### ARCADI AVERCHENKO

*No hay en todo el mundo una literatura tan rica en humorismo como la rusa. En todas las grandes obras de los autores rusos, brilla, como uno de sus matices más refulgentes, el humorismo. Es un humorismo de categoría eminente, porque es espontáneo, natural, sencillo. El humorista que piensa de antemano en las armas que va a esgrimir, ya no es un gran humorista. El lector avisado encuentra, sin tardanza, la hilaza de sus razonamientos. El efecto del humor, de este modo, pierde gran parte de su importancia. Se ven los hilos conductores de la trama, y, naturalmente, ésta aparece burda aún en aquellos casos en que está urdida con cierto primor.*

*No hay en el humor categoría más alta que la espontaneidad. La sorpresa, lo inesperado, son los elementos de más fuste humorístico. Los novelistas rusos, en general, son humoristas de esta eminente manera.*

*La vida es por sí misma humorística en muy alto grado. Describir sencillamente la vida, es ya humorismo. No hay ni un solo hombre en el mundo que no haya estado colocado alguna vez en una situación propicia al humor.*

*Estamos hablando del humor como elemento estético. La burla es otra cosa; la ironía también es algo distinto, y la sátira se halla asimismo muy lejos del humor visto de este modo, que es, a nuestro juicio, el más certero de todos.*

*Hasta en las novelas más trágicas de los escritores rusos, asoma, en escenas dramáticas, un matiz humorista, nunca forzado, que sería feo y antiestético, sino natural, obligado, imprescindible.*

*Arcadi Averchenko es, en nuestros días, el más alto y fino representante de ese humor de la literatura rusa.*

*A Gogol, el más humorista de todos; al mismo Dostoievski, que hizo con «El eterno marido», una obra maestra del género; a Chejov, tan penetrante en sus bellos escritos humorísticos; a Andreiev, que tiene deliciosos relatos donde el humor brilla con su luz más pura, sucede con acierto y hasta esgrimiendo armas nuevas, Arcadi Averchenko.*

*Conocemos de este escritor, hasta ahora, una multitud de cuentos maravillosos,*

lejano y solemne de las campanas despertaron en su alma vagos recuerdos infantiles y deseos más vagos aún.

Nadkin había adornado su pecho con un ramito de flores silvestres y Kurochkin se había sujetado las suelas con unos bramantes y se había lavado en el cercano arroyuelo la cara y las manos.

El telegrafista, cuando hubo llenado la andorga a su gusto, tendióse boca arriba, cara al sol; entornó los ojos y suspiró:

—¡Qué delicia!

—Verás—apuntó Kurochkin—que vida nos damos cuando yo venda los bosques de Lenkorán. Siempre iremos de frac y beberemos champagne a todo pasto. De los bosques me reservaré algunos centenares de hectáreas. A tí te cederé terrenos a la orilla del mar y yo me haré una quinta en la frontera persa.

¡Gracias! ¡Eres un amigo excelente! ¿Quieres un cigarrillo? ¡Cázalo!

Kurochkin cogió el cigarrillo en el aire, y los dos amigos se pusieron a fumar. Sus ojos miraban con atención como ascendían lentamente las espirales de humo.

—Claro—exclamó Nadkin, tras una breve pausa,—que el frac, el champagne, la quinta a orillas del mar, no me desagradarían; pero...

—Pero ¿qué?

—Pero se puede ser feliz sin eso.

—¿Crees?

—¡No creo, estoy seguro!... Además, ¿para qué amontonar riquezas? La vida, tarde o temprano, acaba en la nada.

Calló el telegrafista, clavando una mirada buceadora en el cielo, como si buscara en las misteriosas profundidades del espacio la clave de todos los enigmas.

—¿Qué ocurrirá—prosiguió—cuando yo me muera?

Kurochkin sonrió desdeñosamente.

—Habrá un temblor de tierra, un diluvio, un cataclismo—repuso, en tono irónico.

Y luego de succionar largamente el cigarrillo y lanzar una espesa bocanada de humo, añadió:

—Tranquilízate; no ocurrirá nada; tu muerte pasará en absoluto inadvertida.

—¿Si, eh?... ¡Error lamentable! Cuando yo me muera todo desaparecerá al punto: el sol, la tierra, los caminos de hierro, las ciudades...

Kurochkin se incorporó a medias, apoyando un codo en el suelo; miró un poco inquieto a su amigo y preguntó:

—¿Hablas en serio?

—¡Y tan en serio!

—A ver, explícame esa teoría.

—Es muy sencillo: mientras yo viva, necesitaré el sol, la tierra, etc.; pero cuando muera ¿qué falta me hará nada de eso?

—Así es que, según tú, todo eso existe sólo para tí, tú eres el centro de la Creación... ¡Qué impertinencia!

Con acento de la más profunda convicción, el telegrafista insistió:

—Cuando no exista yo, ¿qué falta hará que exista nada?

—Pero, ¿y los que te sobrevivamos?